

Máximo Huerta

MI PEQUEÑA LIBRERÍA



Con ilustraciones del autor

Máximo Huerta

MI PEQUEÑA LIBRERÍA



Con ilustraciones del autor



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Máximo Huerta, 2024

Representado por la agencia literaria Dos Passos

Ilustraciones de cubierta e interiores © Máximo Huerta, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunwerk@lunwerk.com

www.lunwerk.com

www.instagram.com/lunwerk

www.facebook.com/lunwerk

www.twitter.com/Lunwerolibros

Creación y realización: Lunwerk, 2024

Primera edición: octubre 2024

Depósito legal: B. 11.994-2024

ISBN: 978-84-10378-05-6

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain – Impreso en España



1.

Mamá se había puesto enferma. La casa del pueblo me esperaba para devolverla a la vida y con ella, también a mamá. El hospital era la cuarta habitación, el salón de espera, el anexo de nuestra vivienda. La ambulancia nos recogía en la puerta y, después de un recorrido en busca de otros enfermos, llegábamos a las consultas donde empezaba todo el tratamiento.

Comenzamos a perder el brillo en la mirada en ese zigzag de la carretera: los ojos de los enfermos no miran a ningún sitio y los de los acompañantes solo tienen una dirección. La ropa fue repitiéndose: un pantalón cómodo, las mismas zapatillas y una sudadera amplia. No pensar. No verse obligado a elegir. Eliminar quebraderos de cabeza. Limpiar zozobras. Solo debía estar pendiente de dos enormes pastilleros que compré en el bazar de la salida del pueblo y de todos los medicamentos que, distribuidos —lunes, martes, x, jueves, viernes, sábado y D— se ofrecían en azul y verde. «¿Qué me toca ahora?».

«El verde es la mañana, mamá. El azul es la noche».

Y así todos los días.

Mamá enfermaba y yo con ella.

En el pueblo es fácil pasearse con la misma ropa, pedir ayuda a las vecinas y hacer la compra. Apenas unos metros separan tu vida de las vidas.

Melchor nos traía el pan, Gaspar los alimentos y Baltasar, la limpieza. En ese portal, todo empezaba a ordenarse de otra manera, distinta a la que llevaba en la ciudad. La ventana frente a la que instalé el sillón nuevo de mamá ofrecía el paisaje de la sierra peinada con pinos y varias casitas que, de noche, eran farolillos de Gatsby. La perra se dormía bajo ese ventanal, abrigada cuando el frío, espatarrada cuando el calor. Y consciente de todo. Mientras mamá y yo perdíamos luz en la mirada, ella iba sumando rayos. Ahora una caricia, luego un lametón, después un *mequedocontigo* a tus pies.

Y así, la vida.

Así los días.

«El azul es para las noches, mamá».



El pueblo, dormido en la memoria durante años, despertó para mí. Los reyes dejaron de traer la compra y empecé a recorrer las calles, con ánimo descubridor. En el horno seguían haciendo mis dulces favoritos, unos rollitos de anís; la barra, crujiente; los bizcochos, tiernos. La droguera me recordaba lo que me hacía falta y, junto a los detergentes, me regalaba colonia y buenas palabras. En la frutería, dejaba pasear la mirada como cuando de niño lo hacía en la Julieta: contemplando el paisaje de los jamones abiertos, con sus vetas como montañas y tocinos como ríos. Paisajes. La mejor uva. Los mejores melocotones. «Llévate el queso fresco. ¿Quieres algo más?». Y lo que era solo rutina empezó a convertirse en ruta. Un café cortado y bocadillo para almorzar, una caña a mediodía, un vino por la tarde. Si la mirada había perdido brillo, a mi alrededor se empeñaban en ofrecerlo.

Doña Leo, mi perra, a tirones, me llevaba de un sitio a otro, saludando árboles y esquinas que ya empezaban a ser de nuevo familiares por habituales; el micromundo del sofá y la cama se ofrecía nuevo en cada plaza. Sobre todo ahí, en la Plaza. La Plaza del Pueblo. Una mañana de no sé qué mes, solo recuerdo el frío, apareció el deseo.

«Mira esa fachada. Mira esa tienda vacía».

«¿Está en alquiler?».

2.

En la familia éramos tres. Madre, padre y yo. Los tres hacíamos una vida ordenada y bajo las estrictas reglas de mi padre. Yo era el mayor y el menor. ¿Se imaginan ser el elemento que une a los dos planetas? ¿Ir de bares con papá, de compras con mamá? Exhausto entre los amigos. Jugaba con recortables, con pegamento, ceras que manchaban mucho y canicas que parecían avisarme del futuro como infinitas bolas de cristal.

No era campeón en nada, ni en correr, ni en bicicleta ni en fútbol, que no me gustaba. Adoraba buscar lagartijas y pensar que si les daba de comer se convertirían en dragones de cinco cabezas que echaban fuego.

El fuego me gustaba. Escribo esto frente a la estufa de leña y aquellas primeras llamas eran el éxtasis. La devoción que sentía hacia las hogueras, aunque fueran pequeñas, de cartón y papeles en la galería, era un culto maya.

Cuando pude conseguir mucho cartón, hice la hoguera en la calle, pero el viento atizó fuerte y los pájaros de fuego volaron hacia los balcones de los edificios.

Me costó abandonar el fuego.

Lo imaginé en mis lecturas. Y fue cuando entré en las novelas de Julio Verne, especialmente en *Viaje al centro de la Tierra*. Allí dentro, en el infinito inframundo de cuevas y gargantas de piedra encontraría la gran bola de fuego.

3.

Cuando mi padre entendió que me gustaba más la casa que la calle, me empezó a comprar enciclopedias de colores. Aquí siguen: la roja, la verde y la azul, acumulando polvo e historias en el sótano donde también hay una guitarra y una caja de juguetes de un hijo único. Ocupan esos tratados el mismo lugar que entonces, aunque antaño parecían vademécums como los cíclopes. Las fronteras de los países han cambiado y los tomos están llenos de anotaciones, y, si los abres, aparecen fotos recortadas de revistas que debieron tener algún pequeño significado.

Los demás, así los llamaba mi madre, seguían jugando en el campo de tierra del descampado entre los edificios. Yo me conformaba con viajar de Lima a Tokio, de Kenia a la isla de Pascua.

El libro de Miguel de la Quadra-Salcedo mantiene intacto su misterio viajero. Mis amigos hacían disparos a puerta como grandes futbolistas de Primera División, yo imitaba por aquel entonces a la perfección la mirada salvaje del reportero de las fotos, que, arqueado sobre unas ramas de la selva amazónica, atrapaba grandes animales, se abrazaba a troncos del tamaño de mi edificio para lanzarlos a lóbregos pantanos y ponía mohínes con las criaturas recién nacidas que iluminaban la vida en la frondosidad de los paisajes desconocidos.

4.

Hay una foto que habla de nosotros. Estamos mirando a cámara, posiblemente fue el primer selfi o autorretrato de nuestra historia, en el salón en que comíamos, estudiaba, merendábamos, recibíamos a las visitas o veíamos la televisión.

Es linda. Aparece una caja de Navidad, está abierta, sobresale un montón de espumillón y de él una botella de champán. Mamá prefería sidra. Se distinguen latas de conserva y alguna pieza de turrón. Mi madre con una manta sobre las piernas, papá con el puro encendido y yo con un libro en las manos.

En el piso, primera planta de un bloque de protección oficial azul y adobe caravista, había una estufa catalítica de gas que cuando la encendíamos lanzaba una llamarada fascinante. Podría habernos quemado las pestañas, como mínimo, pero cada golpe para ponerla en marcha contenía la aventura del riesgo y el peligro. «¡Cuidado!», decía mamá. Después, cuando aquel espacio se calentaba, empezábamos a abrir puertas para no asfixiarnos con la combustión. Papá se quedaba dormido en el sillón, el suyo, marcado con su forma y las quemaduras del puro en la piel sintética. Mamá, acodada en la mesa camilla con la mirada perdida. Yo, leyendo bajo la lámpara de pie dorada y adornada

con flecos que hacía sombras chinescas en el suelo. No había perro, ahí es donde empecé a desearlo. El mundo de los mayores se evaporaba en sus sueños, seguramente de cansancio, y el gigantesco mundo infantil crecía como la llama de la estufa.

Mamá despertaba cuando papá decidía irse a dormir.

Ahí nos quedábamos los dos. Ella cogía un libro de Austral que le prestaban en el kiosco por cincuenta céntimos y yo mis aventuras de Pippi Långstrump. Éramos herederos de la abuela, a quien le gustaba mucho leer. No existe esa imagen, pero puedo visualizarla. Tres generaciones frente a sus libros. Parábamos solo para merendar.

Aquí debo aclarar que no me sacaba de las historias nada más que una buena taza de chocolate y unos churros de Clemente que traía de la calle Adarve. O un bocadillo de embutido. O bizcocho recién hecho. O buñuelos de viento.

5.

Algunos preguntarán por qué mi padre me regalaba enciclopedias y, sin embargo, no leía; por lo menos desde que yo lo conocí. Mi padre tenía un camión, recorría todo el país repartiendo botellas de vino o alcohol a granel. Después cambió de contenido: cemento. Me entristeció el salto, me parecía más triste y, sí, más gris que el maravilloso líquido rojo. A mí me explicó que lo primero era para celebrar y lo segundo para construir. Que allí donde unos ya podían sacar las copas y descorchar botellas es porque también había llegado el cemento. Y que las dos cosas eran importantes: beber y vivir. A él le gustaba mucho la conjugación del verbo en copa. Mi abuelo ponía gaseosa y decía que los pequeños podíamos imitar al cura. A la abuela le perturbaba semejante comparación y me hacía gestos para que no me arrimara al vaso. Pero la mirada del abuelo era para enmarcarla. Qué pícaro.

Digo que mi padre no leía. Pero le gustaba que yo tuviera libros. En su familia no había ejemplares de novelas, yo debía darle la vuelta al destino. Repetía siempre lo de que el saber no ocupa lugar. Pero cuando llegaban las cajas con otra enciclopedia, ahora de arte, nos reíamos porque había que hacer espacio para el invisible mundo del saber. «Un día estará en tu cabeza y es cuando no ocupará. Ahora, ya ves. Zigzagueando por la habitación».

Creo que a papá le hubiera gustado leer, pero no tenía concentración. Se dormía al llegar del trabajo, aunque mamá le pusiera un café negro cargado de cafeína. Roncaba. Mamá también.

6.

Recuerdo que cuando todos roncaban, yo leía. Así aprendí a concentrarme, con la banda sonora de unos lobos que vigilaban el bosque para amedrentar a las ovejas. O vampiros que volaban por las azoteas, robando sábanas y disfrazándose de tiernas monjas. El sonido, fuerte y profundo, acompañaba a Pippi en su viaje con Tommy y Annika Settergren en la cama de metal. «Eso son nubes, vienen con tormenta, habrá que virar a babor. ¡A estribor!».

Siempre acompañaba los ronquidos de fantasía. Aprendí que lo que no puedes cambiar, lo debes bailar.

En ese baile crecían los personajes de los libros que esperaban en montones para ser leídos. Eso me encantaba, pues la paz de ese silencio roto por gruñidos era la más bonita del día.

Yo quedaba como suspendido en el aire.

Era el clímax que la lectura ejercía sobre mí. Ahora lo sé. Lo que nos distingue a los que leemos es que durante un rato estamos flotando.

O navegando otros mares. Caminando en otros paisajes. Arañándonos con la maleza del capítulo y desbrozando hierbas que queremos atravesar para llegar a esa casa que se anuncia en el inicio y que promete secretos y aventuras. Los pájaros se posan en las manos del lector, pellizcan, recogen las migas del sofá, las que han quedado de la merienda. Comen y se van, alzan el vuelo delante de nuestras gafas sin inmutarnos. A veces nos distraen. Volvemos. La casa está abierta, hay una ventana de par en par, las cortinas se mueven como velas de un barco, tensadas hacia el interior. Hay una luz. Para verla es necesario acercarse, seguir leyendo, cruzar el límite de lo decoroso y del respeto, sin jadeos, sin hacer estrépitos por la gravilla que cruje bajo los pies. ¿Quién anda ahí? El texto se abre en otra página. «¿Quién es?», preguntas. La rama de un árbol golpea el aire. Los pájaros salen en barahúnda. El libro se cae. Papá se despierta. Mamá disimula el sueño. El café frío se vierte en la mesa. «¿Qué es? ¿Qué ha pasado?».

El lector deja el aire. Deja de estar suspendido. El sortilegio acaba. Ahora lo sé. A mí me gustaba que papá me trajera enciclopedias y también que roncara de manera infinita.

Yo entonces pensaba que por mis manos fluía la sangre de los vaqueros que conquistaban el Oeste, la de la pólvora que dejaba restos en la cara, los muertos de Agatha Christie podían esconderse bajo mi cama y, con algo de suerte y un billete de tren robado, podía subirme al ferrocarril que atravesaba Siberia. «Hola, Anastasia». «Hola, Vronsky». «Hola, Miguel Strogoff». Conocí la nieve antes de ver la nieve. Y cuando nevó en el pueblo, todos los personajes bajaron al portal conmigo.

7.

Era bonito, después del colegio —salíamos a las cinco de la tarde— encontrar a mi madre esperándome ansiosa con la merienda preparada.

En el piso, lo primero que veías era un recibidor forrado de moqueta azul noche que absorbía, según mi madre, todos los humos de la cocina. Allí estaba la puerta, a mano izquierda. Todo distribuido en dos lados. Así, mientras mamá calentaba la leche, que a veces se derramaba al hervir, yo esperaba sentado en el poyete de mármol comentándole la jugada del día en el colegio. Después, cuando algunos vecinos se asomaban a la calle, si no tenía deberes, me bajaba con ellos. A veces, mi casa solo fue balcón desde el que mirar la vida.

Yo me quedaba en mi habitación y construía mi fantasía con algo de chocolate en la mano y todos los rotuladores en la otra. Frente a mí, mi pequeña biblioteca de juventud: *Los cinco* de Enid Blyton, *Elige tu propia aventura*, *Charlie y la fábrica de chocolate*, *El pequeño Nicolás*, *Fray Perico y su borrico*, *El pirata Garrapata* y *La Biblia infantil*, una sencilla. Amén de otros de pocas páginas que ilustraba Ferrándiz y que eran troquelados: *La ratita presumida*, *El soldadito de plomo*, *Flor*, cuentos de Andersen... Todavía andan por algún cajón junto con el ganchillo de la abuela.

Acabadas las lecturas hubo que buscar salida a los mundos desgastados, así empecé a ir a la biblioteca. Un carné de socio y un silencio sepulcral que no se podía romper o todos los ojos del infierno y del bibliotecario caerían a plomo sobre tu destino. Recorrer aquella sala, con mesas compartidas, fue el primer viaje al extranjero, no porque el centro estuviera lejos de casa, qué va, sino porque los nombres de los autores, entonces desconocidos, empezaron a ser la primera aduana de otro país. El país de Todo Puede Pasar.

La hija de la escritora Kate Atkinson, Helen Clyne, dijo que lo importante de una biblioteca pública es que es un lugar al que sencillamente puedes acudir, un espacio libre, democrático, donde cualquiera puede ir y estar allí con otros lectores, donde no necesitas dinero y puedes, simplemente, irte. Gente de todas las edades alrededor, no importa quién seas o qué estés haciendo.

En un panfleto con poemas de Sophie Mayer, lleno de heroínas televisivas contemporáneas, Mayer enumera las armas que Buffy caza-

vampiros utiliza a lo largo de las siete temporadas de la serie para mantener a raya a los vampiros, a los demonios y a otras fuerzas del mal. En su lista, entre estacas, espadas y la luz del sol, está «el carné de biblioteca».

No recuerdo el libro que seleccioné con mi arma para llevármelo a casa. Sé que había que forrarlo con papel de periódico para que durante esos días de adopción no se estropeará. Lo decía el bibliotecario en voz baja tras el mostrador. Asentías. Jurabas que ese ejemplar regresaría del viaje como lo recogiste. Lo que ignoraba entonces es que la magia de cada lector iba quedándose en las páginas con algunas miguitas de la merienda, alguna mancha de aceite y pelos de lectoras pelirrojas. Lo recuerdo perfectamente.

En uno de los libros de la serie de Långstrump había cabellos largos. Pasado el efecto del asco, vino el de la intriga. ¿Quién era esa lectora? ¿O era del personaje? ¿Pippi? No lo aparté, se quedó allí y lo devolví con el cuidado de un joyero.

Los libros se devuelven tal y como los has cogido. Eso hice.

Y en la biblioteca empecé a disfrutar del momento de elegir. El objetivo oculto era descubrir a la niña de cabellos rojos.

8.

Los días de frío, de viento o de lluvia me gustaban. La casa era un refugio que podía convertirse en castillo, mazmorra o cueva de Altamira. Muy partidario del fuego —siempre presente— encendía velas que ofrecían misterio a la lectura. Esa sombra en movimiento, el aroma a cera y los plásticos que acercaba a la llama generaban la atmósfera perfecta en la que uno podía esconderse del salón, donde los padres, riñendo o callados con la televisión, vivían su vida, una vida que no me gustaba. ¡Cómo no iba a refugiarme en la lectura!

¡Cómo no amar al Lazarillo, a Sancho, a Don Juan! ¡Cómo no entender el ángel de doña Inés, a Jo March, a Alicia y suspirar con el capitán Nemo! Junto a la llama quise ser Jean Valjean, entendí los misterios de Poirot y empuñé el arpón del capitán Ahab. El aviador, el niño y la rosa del *Principito* me daban igual. Los fascinantes eran los hidalgos, las heroínas, los villanos, los bufones y los sabios de verdad. Y, puestos a encender —no olvidemos el olor a cera derretida—, en la ficción me quedaba con Momo, Michael Ende siempre al rescate. El veneno de las novelas detectivescas llegó con *Todos los detectives se llaman Flanagan*, de Martín y Ribera. Y las ganas de escapar de aquella habitación las trajo *El conde de Montecristo*.

El músculo lector se hizo fuerte. Me evado con concentración y me aílo por completo. Era mi huida. Hoy también. Qué bien se lee en los trenes. El riesgo de pasarme de estación existe, sí. Pero el placer de volver a aquella habitación de llama de vela, cabo encendido y chorretes dignos de castillo de Drácula, también.

Albert Camus escribió que «el silencio es la conversación de las personas que se quieren. Lo que cuenta no es lo que se dice, sino lo que no es necesario decir». No sé por qué escribo esto, pero creo que el silencio hizo hueco desde aquellas tardes de mesa y silla, también de cojín y alfombra. O de puerta cerrada y espalda pegada con manta en las piernas.

¿Por qué lees?

Esa pregunta estaba colgando de las miradas de los demás. También de mis padres. Ellos eran la respuesta. No soportaba la vida que habitábamos sin una explicación paralela, sin más conocimientos de los que me llegaban de la escuela, sin un espacio al que escaparme, viajar, o sin todas aquellas notas a pie de vida que daba la lectura. Sin subterfugios: para huir de la realidad. Buscaba padres en los libros. Una voz amiga. Vivir otras vidas. Descubrir paisajes que nunca he visitado. Ensanchar aquella habitación estrecha que olía a cirio.